

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Milenario de la elección del Abad Oliba

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

2 de noviembre de 2008

Sab 3, 1-9; Sal 121; 2Tm 2, 8-13; Jn 11, 17-27

Los cristianos miramos la muerte con dolor, pero con esperanza. Por eso, hermanos y hermanas, en el día que la Iglesia, en su amor maternal, recuerda a los difuntos y ruega para que Dios los acoja en la felicidad plena de la vida eterna, hablamos -tal como acabamos de escuchar en las lecturas de la Palabra de Dios -- de resurrección. Lo ha hecho Jesús en el evangelio que acabamos de escuchar. Decía: *yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá*; aunque pase por la muerte, reencontrará la vida con unas dimensiones y una plenitud diferentes de las actuales. Nos dan testimonio los primeros discípulos de Jesús; un testimonio sintetizado lapidariamente en aquella frase que hemos escuchado a la segunda lectura: *Jesucristo ha resucitado, por eso, si morimos con él, viviremos con él*. Esta conciencia de participar de la misma suerte que Jesús, ha llevado a muchos cristianos a acoger la propia muerte, no solamente con serenidad, sino incluso con alegría, haciendo suyas las palabras del salmista: *qué alegría cuándo me dijeron, vamos a la casa del Señor*. Éste es el caso, por ejemplo, del beato Juan XXIII.

Es con esta fe y esta esperanza que hoy rogamos por nuestros difuntos y por todos los que ya han muerto pero "cuya fe sólo Dios ha conocido" (cf. Plegaria eucarística IV). Nuestra comunidad concretamente recuerda con un afecto particular a los hermanos monjes fallecidos en este último año: el P. Pere Busquets, el H. Joaquim Martínez, el P. Romuald M. Diez, el P. Abad Cassià M. Just y el H. Andreu Soler. A pesar de la fragilidad humana, procuraron amar a Dios fielmente, por eso deseamos que, por los méritos de Jesucristo, hayan encontrado la paz y estén en manos de Dios, tal como decía la primera lectura. Y estar en manos de Dios es disfrutar de la vida para siempre.

Haciendo memoria de nuestros antepasados en la vida monástica, hoy en Montserrat recordamos de una manera particular al Abad Oliba, tres días después del aniversario de su fallecimiento, ocurrido el 30 de octubre de 1046. Éste 2008 hace mil años de su elección como abad de los monasterios de Santa María de Ripoll y de San Miguel de Cuixà, responsabilidades que ejerció con competencia hasta su muerte junto con la de obispo de Vic. Este recuerdo tiene un significado muy espacial para nosotros porque es el fundador de nuestro monasterio de Montserrat. Sintiéndonos, pues, hijos de este seguidor de Jesús en la escuela de san Benito, agradecemos a Dios la obra renovadora, centrada en la Palabra de Dios y en la plegaria litúrgica, que el Abad Oliba hizo de la vida monástica y de la vida eclesial de su tiempo; así como de su servicio a la causa de la justicia y de la paz en medio de una sociedad violenta y poco respetuosa del derecho y la dignidad de los pobres y de los débiles. Eso lo llevó a instituir a la "Paz y Tregua de Dios" que fue extendiéndose por la Europa de su tiempo como un compromiso pacificador fruto del diálogo entre los representantes de la sociedad de la época. Agradecemos también la aportación de Oliba a la construcción de la Cataluña naciente; hasta el punto que "ha sido nombrado educador y patriarca espiritual" (cf. A. M. Albareda, *Historia de Montserrat*, 2005, p. 15); aunque eso no le cerró a los contactos enriquecedores con los otros pueblos. Agradecemos la notable irradiación cultural que Oliba favoreció desde los monasterios de Ripoll y de Cuixà y desde la escuela episcopal de Vic.

Los monjes de Cuixà y de Ripoll, en la carta circular que notificaba su muerte, describían al Abad Oliba como un hombre dulce, afable, ecuánime, humilde y

paciente, lleno de caridad, de buen trato, erudito en las cosas de Dios, culto en las ciencias humanas, de una gran coherencia entre su enseñanza y su actuación, dócil al Espíritu (cf. *Encíclica mortuoria*). Esta docilidad espiritual la subrayan sus monjes, ya que le llevó a renunciar al poder condal, él que era bisnieto del fundador de la dinastía catalana, Guifré el Pelós, y a hacerse monje en Santa María de Ripoll a los 31 años.

La sociedad en la cual vivió el Abad Oliba era muy compleja y experimentaba el fin de toda una visión social y cultural, mientras iba naciendo otra de perfiles inciertos todavía. También nuestra sociedad contemporánea es una sociedad que experimenta un gran proceso de cambio en muchos niveles. El Abad Oliba nos enseña a vivirlos positivamente, sin cerrarnos a los cambios sociales o técnicos, sino a tener una apertura crítica a partir de la luz de la fe para acoger todo aquello que es bueno. Nos enseña a no perder el norte y, por lo tanto, a continuar poniendo a Dios en el centro de la vida y a darnos con sinceridad de corazón por medio de la alabanza y la adoración. Nos enseña a renovar las comunidades cristianas a partir de una experiencia espiritual profunda, de la dignidad de las celebraciones litúrgicas y de la vivencia de la comunión eclesial. Nos enseña a trabajar por la justicia con una tarea comprometida a favor de los pequeños, los pobres, los marginados. Nos enseña a continuar en diálogo con la cultura contemporánea; y también a hacer presente a la Iglesia en el debate sobre las grandes cuestiones que afectan a la persona y la sociedad, aportando de una manera positiva la comprensión del ser humano que le viene de la Palabra de Dios. Nos enseña a resolver las diferencias y los conflictos por medio de un diálogo que favorezca la convivencia y la paz. En el momento histórico que Cataluña está viviendo, esta enseñanza de uno de los padres de nuestra patria es muy actual; lleva, además, a buscar la unidad en las cosas que son esenciales para el presente y el futuro del nuestro pueblo por encima de las diferencias legítimas.

Demos, pues, hoy gracias a Dios que suscitó el Abad Oliba en un momento importante de la vida de la Iglesia en nuestra tierra y del nacimiento de Cataluña. Y damos, también, gracias a Dios, tal como ya he dicho, porque en su providencia quiso que el Abad Oliba enviara monjes de Ripoll a la capilla dedicada a la Madre de Dios en esta montaña de Montserrat. Durante casi mil años en este sitio los monjes hemos procurado servir a Dios, alabar a Santa María, acoger a todos los peregrinos, crear un espacio de encuentro, de diálogo y de paz, servir a nuestro País. Siguiendo la admonición de la Sagrada Escritura, que nos invita a hacer *memoria de los que nos guiaron y nos anunciaron la palabra de Dios*, consideramos *el desenlace de su vida* y queremos *imitar su fe* (cf. He 13, 7-8), por eso nuestra comunidad de Montserrat quiere continuar arraigada en la sabiduría evangélica y monástica que nos viene a través del Abad Oliba con el fin de continuar nuestra misión en este lugar y desde este lugar.